

EL TESORO

Todos los González lo creyeron. También algunos de los primos Díaz y con más entusiasmo que todos el anciano tío abuelo Fulgencio. Si el espiritista lo había dicho, tenía que ser cierto: en el viejo cuarto de los trebejos había un tesoro oculto que esperaba por el afortunado mortal que lo sacara para liberar así el alma en pena de quien lo enterró hace casi cuatro siglos. Francisco y Antonio escucharon parpadeando atónitos al mofletudo espiritista de vientre enorme y bigotazos enroscados que se abotagaba acalorado explicándoles con su voz atiplada, agitando los brazos, entornando los ojos y arrugando el entrecejo. Vio al espanto en sueños, no una ni dos sino seis veces, tan real como él está viéndolos a ellos ahí ahora, "porque así son los espíritus cuando se aparecen en sueños a los médiums, señores míos". Él vino desde los llanos de Casanare, guiado por las apariciones del fantasma, preguntando en todas partes por las señas de la casa y sus habitantes y aunque le costó mucho trabajo por fin logró encontrarlos. Entendido estaba que irán en ese negocio por partes iguales. Nadie como él sabe lo que está diciéndoles y por supuesto, no es cosa de pensar ni de dudar sino de actuar. Francisco no sabía qué decir. Antonio no podía contener la avalancha de palabras del llanero para intercalar una pregunta de aclaración.

—Por lo menos 300 000 pesos en morrocotas de oro macizo. Él vio también el cofre en sus visiones.. Pero cómo no lo iba a ver si él es experto en la materia, no lo vayan a dudar, eso sí que no lo vayan a hacer. Él podría dibujarlo con todos los detalles que ellos mismos podrán constatar cuando lo desentierren. Les puede adelantar que es rojo y que tiene remaches y guarniciones de hierro. El espanto es un caballero español, mejor dicho, era, Sí. Es que él lo está viendo, es como si estuviera ahí en frente de lo nítido que se le apareció en las seis ocasiones que lo vio; un hombre alto, delgado, elegante, de nariz recta, porte aristocrático y muy cuidada barba, zapatos de hebilla plateada, una capa que le llegaba a los pies y en el cinto una rica espada de acero

toledano. Un caballero. Porque esos terrenos que ahora son de los señores González pertenecían antes a la casa de ese señor. Ahí estaba el solar de la casa señorial, aquí donde después construyeron este cuarto, ahí enterró él su tesoro.

Francisco y Antonio lo miraban con los ojos muy abiertos y sólo tenían tiempo para introducir uno que otro ¿ah, sí? aventurado como cuña de freno que no producía el más mínimo resultado en la locuacidad del desbocado espiritista.

—Él habla con los espíritus, él tiene mucha experiencia. Él es un llanero y como tal sabe mucho de ésa y de otras cosas relacionadas con el mundo sobrenatural. Claro que ellos no lo conocen porque han pasado toda su vida ahí en Tunja, pero él en su tierra es famoso y vienen a consultarlo hasta de Venezuela y si fueran ellos a los Llanos Orientales constatarían que nadie duda de su pericia porque ante todo él es hombre cabal y sincero...

Por fin Francisco pudo interrumpirlo a viva fuerza: esa casa había pertenecido a los ancestros de su esposa durante generaciones enteras y era la primera vez que escuchaba algo acerca de que hubiera sido propiedad de un hidalgo español. Los González lo iban a pensar antes de decidirse a hacer una excavación costosa que pusiera en riesgo la casa.

—Pero a qué esperar, ¡aunque tuvieran que echar abajo la casa! De ahí saldrán ricos, riquísimos, hay que proceder, pero eso sí, eso sí —detuvo por un momento el torrente de palabras para tomar aire mientras señalaba enfático a los boquiabiertos González. No se atrevan a cavar sin ton ni son. Con los espíritus hay que tener tacto; la mayoría de las veces son caprichosos y mueven de lugar el tesoro. “Así como lo oyen, así como les digo, porque los tesoros se mueven señores míos si no se procede como ha de ser. Ahora está ahí, pero puede escabullirse”. Y entonces habló de ruidos subterráneos y cofres en ensordecedora fuga por túneles fantasmagóricos que se tragaban irremisibles fortunas inmensas por la premura o la ignorancia de buscadores afanosos.

Antonio hizo una seña de impaciencia y lo detuvo casi tapándole la boca.

—Pero si el espíritu del que enterró el tesoro tiene tanta prisa por salir del Purgatorio

no entiendo por qué iría a impedir encontrar el oro si eso era justamente la causa de que se encuentre padeciendo y...

—“El joven no sabe nada de espíritus señor mío y perdone que se lo diga, pero las cosas con ellos son toda una ciencia, una verdadera ciencia de la cual no hay muchos conocedores. No me ponga usted a darle ahora una lección de espiritismo” —e hizo más prominente la barriga.

Antonio insistió en que había que considerar con cuidado el asunto y punto.

Protestó. Se enojó. Invocó el respeto que le tenían en su tierra — qué mala suerte que no hubiera por ahí ningún coterráneo suyo para preguntarle, porque así verían los señores González cómo era de famoso y respetado. Los llamó incrédulos, pusilánimes e indecisos. Pero no cedieron; debían pensarlo primero y preguntar otras opiniones.

Pidieron el consejo de Ambrosio y de Francisco Díaz y hasta telefonaron al tío Fulgencio al hospital en la capital, que anciano y sordo le costó entender lo que Antonio le gritaba por el auricular. El viejo tío, un entusiasta de las historias de espantos y tesoros recomendó sin vacilar seguir los consejos del llanero. Se deshizo en explicaciones y consejos y hasta propuso pedir permiso a los médicos para salir del hospital y supervisar en silla de ruedas la operación de rescate de las morrocotas. “Qué feliz hubiera sido tu madre si viviera” —dijo Fulgencio—. Claro que había que hacerle caso al espiritista y proceder. Del mismo parecer fueron Luis Francisco y Rafael cuando se les consultó, pero Plinio en cambio no pudo contener la carcajada al escuchar lo que tomó por disparates de un chiflado.

—Deben seguirse varios pasos señores González, complicados como son todos los asuntos del Más Allá —empezó diciéndoles cuando volvieron a citarlo— El primero será que el dueño de la casa, —porque tiene que ser el dueño— tome un barretón en la mano y a las doce de la noche del próximo primero de noviembre fiesta de todos los santos y entronque con la celebración del Día de los Difuntos, dé una vuelta muy despacio siguiendo el contorno del recinto. Una mano invisible le va a golpear la muñeca —Francisco sintió un calofrío en el estómago— cuando llegue

al punto en que se deberá empezar el proceso del rescate del tesoro. Pero, pero, pero... — alargó la mano en gesto de espera— no se debe iniciar de inmediato sin antes pedir el permiso a las Entidades Superiores, “porque esto, señores míos, esto no es tan fácil como parece y sí cosa de entendidos— y sacaba la barriga—. Ya verán ustedes el proceso que vamos a seguir... Déjenme preparar algunas cosas secretas y rituales. Permítame primero hacer las invocaciones en las fechas debidas y ya vendré listo para que actuemos la víspera del día de las Ánimas Benditas del Purgatorio. Deben tener paciencia pues lo que voy a hacer de antemano será cosa de varios días...”

En vano lo esperaron. El hombre no volvió. Padre e hijo miraban impacientes al cuarto de trebejos y hasta le hicieron vela juntos una noche de octubre para ver si aparecía el espanto y sin mediación del espiritista les daba la clave que los guiara. Pero el viejo caballero español no asistió. Entonces se venía ya la fecha señalada y como el llanero no aparecía resolvieron padre e hijo actuar por propia cuenta: la noche del primero de noviembre empezaron a las nueve sentados en el patio frente al cuarto de trebejos y al calor del aguardiente rememoraron las más felices historias de espantos y tesoros con finales de fortunas inmensas, palacios construidos y bodas principescas. Pero de éstas que son las menos pasaron a las más comunes de epílogo de horror, a las de escalofriantes alaridos en el helado silencio de la noche, a las de los aullidos de la espectral belleza de la novia vestida de blanco que espantaba en los vecindarios de la iglesia de Las Nieves. De las de frailes sin cabeza a las de la enorme mano peluda que brota de la nada y agarra el orillo del capote en las noches oscuras cuando se camina muy tarde por la calle. Y la invitación al desfile de horrores acudieron La Llorona, la Patasola y La Sombrerona, el Mohán y todos los lívidos espectros que durante siglos sirvieron de guardianes que con éxito frenaron el nocturno espiar de vecindarios y desvelados deambulantes. Se estremecieron con calofríos de miedo cada vez que crujió la vieja construcción, que el gato saltó sobre el tejado, que la rata pasó junto a sus pies, que el viento movió el papel o les tocó la cara. Hablaron muy largo emborrachando sus temores y

cubriéndolos del más fuerte de todos los espíritus. Se rieron de bromas y de chistes que desarmonizaron con la solemne ceremonia que las circunstancias suponían, y perdida la conciencia del momento rodaron las pendientes de la embriaguez con traspies de borrachos, con los ruidosos eructos de Francisco y con los crujidos de las sillas al impulso de la risa y los bruscos ademanes. Las botellas se agotaron. Francisco cerró los ojos y empezó a roncar con la cabeza atrás y Antonio tuvo que cargarlo hasta la cama.

— El hombre se murió. Sí, el de los bigotazos, el llanero espiritista. Fue como un ataque que le dio, señores González, tal vez porque el señor era muy gordito y se le debió engrasar el corazón — les dijo un indio de crenchas gruesas como crin de caballo que llegó un día hasta la casa—. “Así que no esperen más al que jamás aparecerá ya por aquí. Fue en Paipa donde se murió cuando venía para Tunja y dizque habló de don Francisco y don Antonio porque dijo tener un negocio con sus mercedes...”

Entonces el padre se decidió a tomar el barretón y dar la vuelta al cuarto siguiendo las paredes como les había dicho que debía hacer el jefe de la casa. Sería a las doce de la noche de cualquier día de noviembre, porque aunque la fecha requerida ya había pasado, al fin y al cabo era el mes de los espantos y las ánimas, de los difuntos, aparecidos y fantasmas. Ya oscurecía el día señalado cuando las advertencias de su conciencia conmovieron a Antonio: el padre está demasiado viejo para tales impresiones y el susto le puede ser fatal. Lo haría él porque lo resistiría mejor. Su hermana Pepa estuvo de acuerdo y Francisco aceptó. El muchacho se echó media botella entre pecho y espalda y dando traspies y teniendo por coro de fondo los responsos que los otros dos rezaban por el alma en pena, Antonio tomó la herramienta y apoyándose en el frío muro inició el recorrido del contorno del cuarto... Una vez se tropezó y tuvo que casi arrodillarse para no caer. Otra se le cayó al suelo el barretón y necesitó encender un fósforo para hallarlo. Y al poner la mano en el suelo para levantarlo se untó los dedos en la plasta que dejó el gato. Se arañó el pecho con los

dientes de un rastrillo oxidado y se raspó los nudillos con la áspera pared de adobe. Tuvo por último un hipo que se le convirtió en agriera de aguardiente que se le fue por la nariz, que lo atragantó y lo puso a toser y estornudar buscando con angustia el aire que se negaba a llegarle a los pulmones. Salió de allí llorando lágrimas que le velaban los contornos, moqueando y tropezando en los trebejos, con los ojos desorbitados como si hubiera de verdad visto al fantasma, oprimiéndose agónico el cuello con los dedos untados. Llegó donde un padre y una hermana expectantes y temblorosos que lo salpicaron con agua bendita, que pronunciaron fórmulas de exorcismo y dieron vueltas a su alrededor con crucifijos en las manos creyéndolo víctima de los aparecidos. Pero él hizo señas denegando mientras tosía y moqueaba amoratado. Se tomó un buen tiempo para poder explicar que no hubo una mano helada que golpeará su muñeca, ni tropezó su mirada con el rostro rígido del caballero español, ni sufrió el espeluznante sobresalto de sentir sobre su pulso la presión de dedos enfriados por el pavor de los sepulcros.

No hubo tesoro ni riquezas pero jamás se despejaron las dudas. La mirada de los tres siempre se dirigió con desconfianza al cuarto donde tal vez dormía el oro... Quizás si hubiera sido el padre y no el hijo. Quizá sin aguardiente... Bajo la supervisión del llanero espiritista. Exactamente el día señalado...

Sólo a mí me confió Antonio que en el mismo lugar un primero de noviembre cuarenta años más tarde volvió en secreto a repetir la prueba. Ya moribundo y con una mano temblorosa sobre la mía, me dijo fijando en mis ojos su mirada vidriosa:

— Toda mi vida he tenido la absoluta convicción de que ahí hay un tesoro. Sé que alguno de mis descendientes algún día lo desenterrará.